



## Presente

En la pandemia vivimos de modo nuevo el paso del tiempo. Ya hemos tratado dos dimensiones del tiempo: el futuro y la memoria. Queda ahora abordar el presente.

La pandemia, como toda enfermedad, ha desestructurado nuestro tiempo. Para el enfermo grave, el tiempo se convierte en un tiempo roto. La memoria le habla de tiempos lejanos, irrecuperables. El futuro parece no guardar esperanzas, sino solo la amenaza de morir. Queda un presente monótono, de instantes inconexos, como las pesadillas que nos asaltan cuando tenemos fiebre.

Lo mismo que sucede a cada enfermo, sucede en la pandemia, solo que ahora se refiere al tiempo común de la sociedad, que sufre un parón. Ahora, al tiempo roto del enfermo se une el tiempo amorfo del aburrimiento, que asalta a quien vive confinado. El tiempo del aburrimiento, por un lado, es muy largo. En la pandemia se nos hacen interminables los días y aun las horas. Pero, por otro lado, el tiempo del aburrimiento es corto, porque cuando ya ha pasado y queremos recordarlo, su recuerdo es casi nulo, porque en ese tiempo no ha pasado nada. ¿Qué recordaremos del confinamiento, sino una nebulosa de repeticiones?

El coronavirus revela, de este modo, lo que ya nos ocurría con nuestro tiempo, solo que sin que nos diéramos cuenta. Pues vivimos en nuestra sociedad una crisis de memoria (el pasado ya no cuenta, porque no cuenta la tradición) y una crisis de esperanza (tememos al futuro, porque es desconocido y esconde amenazas). Nuestro único tiempo es el presente, pero un presente reducido al instante, que queremos disfrutar lo más posible, pero que se nos escapa continuamente de las manos.

Al manifestarnos la ruptura de nuestro tiempo, la pandemia puede ayudarnos a vivir de otra forma el tiempo. Pues la pandemia nos recuerda: tu tiempo no está bajo tu control y dominio. No podemos reducir el tiempo al tiempo de nuestros proyectos y planes. Y esto no tiene por qué ser malo, al contrario. Precisamente porque nuestro tiempo no está en nuestro dominio, puede abrirnos al tiempo de los otros y, junto con ellos, nuestra historia se agranda. El tiempo, que no controlamos, nos lanza continuamente más allá de nosotros, para que recordemos nuestro origen o para que comuniquemos la vida a la generación futura. Vivir en el tiempo es una llamada a vivir en comunión.

En este tiempo de pandemia, ¿hay otra forma de vivir el presente que no siga el tiempo roto de la promesa ni el tiempo sin forma del aburrimiento? La hay. El presente es el tiempo de la fidelidad. La fidelidad nace de una promesa que hacemos a la persona que amamos: yo estaré ahí, pase lo que pase. La hacen los padres a los hijos, se la hacen entre sí los esposos.

Vivir el presente desde la fidelidad es unir entre sí todos los presentes con el resto de nuestra vida. Pues la fidelidad requiere la memoria, que recuerda lo que nos une. Así los esposos celebran sus aniversarios, y los hijos dan gracias a sus padres al cumplir años. Y la vez la fidelidad se mueve hacia un futuro de esperanza, pues estar junto al otro hace la vida más grande.

Dios se muestra en la Biblia como el Dios fiel. Así traducen algunos el nombre que Él revela a Moisés: “Yo soy el que estoy”. O: “el que estaré contigo”. Vivir el tiempo desde la fidelidad es dejarse modelar por Dios. El presente fiel se hace tiempo de paciencia. Y también tiempo de vigilancia, porque a cada momento esperamos que Él actúe, esperamos que Él pase y, al pasar, traiga toda la novedad.

Para el cristiano, el tiempo es el tiempo de Cristo, plenitud del tiempo. El cristiano vive el presente desde la *presencia* real de Cristo en la Eucaristía: “yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”. Allí Jesús dice: “tomad, mi cuerpo”, lo que significa, también: “tomad, mi tiempo”. Es decir, ahora podéis vivir el tiempo como lo he vivido yo, recibéndolo de mi Padre para que fuera un tiempo lleno de fruto. Tiempo de coronavirus, tiempo de fidelidad, porque también en la prueba Dios nos acompaña.